



Obras completas  
tomo V

# AFORISMOS Y DEFINICIONES

**H**AY dos clases de tontos: los tontos que repiten las tonterías corrientes y ajenas, o tontos de repetición, y los tontos que inventan tonterías nuevas, o tontos de iniciación. Pero el que inventa tonterías verdaderamente nuevas no es ya tonto, sino un genio, pues llamamos genio, sobre todo en filosofía, al que inventa tonterías verdaderamente nuevas, al tonto original u originario. En el orden moral, al tonto de repetición se le llama hipócrita, y al de iniciación, cínico. La santidad es una enfermedad de la hipocresía, y la criminalidad una enfermedad del cinismo.

*Objeción:* «No parece que haya tonterías ajenas, porque todas las tonterías son propias del tonto.» A lo que respondo que no; que el tonto, como el comunista de hecho—no de doctrina—, no tiene nada propio, carece de propiedad. La propiedad es de todos, no es de ninguno. Se dijo que la propiedad es un robo, como se pudo decir que el robo es una propiedad. La originalidad, o sea la propiedad mental, es un robo, un plagio, y el plagio es una originalidad. El plagio es una segunda originalidad, y la originalidad es un primer plagio. Y esto es un plagio original del procedimiento dialéctico de Pascal, que decía que, pues el hábito es una segunda naturaleza, la naturaleza es un primer hábito. Que es como decir que, pues se pierde mucho tiempo en recorrer espacio, se pierde mucho espacio en pasar el tiempo.

El sentido común no es de nadie, no es propiedad de nadie; es mostrenco y resiste a monopolios. Un idiota—un particular, que no ha llegado a general—es uno que no tiene más que sentido común, o sea que carece de sentido propio. Y hay idiotas profundos, o sea geniales, como aquél de quien decía Zuloaga: «¡Qué filósofo! ¡No dice nada...!» El idiota profundo es el que renuncia a todo sentido, ni propio ni común; es héroe y mártir.

El sentido común opera con lugares comunes, colocándolos y clasificándolos en unas cajitas. Lo opuesto a un lugar común es una paradoja, o sea un lugar común de mañana. Los tontos de inicia-

ción malabarizan con paradojas, lanzándolas por el aire, hasta que los tontos de repetición las metan en sus cajitas y allí las ordenen y etiqueten y numeren. Y las —isten.

Después de muertos, todos somos iguales, o sea igualmente cadáveres. Y por eso dijo Salomón que lo mismo le irá al sabio que al necio (Eclesiastés, II, 14). Y se muere uno intelectualmente. Y se mueren las ideas. Y hay cadáveres de ideas — en sus cajitas —, o sea lugares comunes. Y no hay comunidad como la de la muerte. Por lo que los comunistas, los de verdad, se dedican a matar.

Nada más propio de un tonto de repetición que dedicarse a la filosofía de la historia (a) sociología, o sea el arte de

profetizar lo pasado. Pero para profetizar lo venidero hace falta originalidad. Así era un tonto de iniciación, original, el que dijo: «Yo, si no me muero antes de otra cosa, me moriré de angina de pecho.» Y a propósito de ésta, los médicos la dividen en verdadera y falsa: verdadera es aquella de que se muere, y falsa aquella con que se vive—como sucede con la fe y con todo—. Es como en la moneda: verdadera, la que pasa, y falsa, la que no pasa. Y para hacerla pasar, basta con hacer creer que pasará. Pues se llama crédito a hacer creer a cada uno que cada otro cree que creen los demás que uno, el acreditado, tiene con qué responder, aunque todos ellos sepan que no hay tal. El crédito político, v. gr., es el que hace los monstruos, como D. Antonio Cánovas del Castillo, o las máximas autoridades, como D. Antonio Maura.

Así, si yo tengo crédito de original, de tonto de iniciación, cuando repita lo que







le oí a Pérez García dirán: «¿Qué cosas se le ocurren a este D. Miguel...!», y cuando le oigan a Pérez García alguna tontería verdaderamente original, exclamarán: «¿Dónde la habrá leído...?» Porque todos los tontos creemos saber que hay un Diccionario Enciclopédico de todas las tonterías pensables, y hasta impensables, que Adán redactó luego que les puso nombres a todos los animales, según se nos dice en el Génesis, II, 19-20, y antes que se le sacase a Eva de una costilla.

Y ese Diccionario es la verdadera «Biblia de la Humanidad», Biblia no escrita, sino grabada, antes de nacer, en las mentes de todos. Y toda la experiencia de la vida se contrae a leer en esa Biblia para tener luego que olvidarla.

El arte de ayudar a la memoria se llama de apodo mnemotecnia — nombre de pila, gula-lujuria, o concupiscencia—, y el de ayudar al olvido, pedagogía. Otros le dicen *disciplina*. Pedagogo es el que

enseña a enseñar a los niños a que se le olviden de que están viviendo, es decir, de que van a morir. Maestro es otra cosa. Y demagogo es el pedagogo de los pueblos: otros niños.

Y a todo esto, ¿para qué pensar? Pensar es rumiar; pensamiento es pienso. ¡Gran pensador aquel capitán italiano de quien Goethe se despidió en Perusa el 25 de octubre de 1786, según nos lo cuenta en su «Viaje por Italia»! Que le dijo al olímpico Proteo germánico: «¿Qué piensa! El hombre no debe pensar jamás; pensando se envejece. No debe el hombre pararse en una sola cosa, porque entonces se vuelve loco; hay que tener mil cosas, una confusión, en la cabeza.» Y Goethe envejeció — ¿envejeció?, ¿tuvo edad nunca?— pensando hasta los ochenta y tres años, en que rindió al regazo de la tierra madre su seso, y a los ochenta y dos años acababa la segunda

parte del *Fausto*, cuando tenía ya mil cosas, un enjambre de recuerdos zumbadores, pero sin miel, una confusión en la cabeza. Y Jorge Meredith, el poeta aforístico, escribía a sus ochenta años una poesía que, vuelta de su medida inglesa a mi desmedida española, dice: «Fuí en un tiempo parte de la música que oía en las ramas o dulce entre tierra y cielo; por el goce del batir de alas en lo alto saltaba mi corazón al pecho del ave. La oigo ahora y la veo volar, y de nuevo se siente sacudida una arrugada vida y se sentirá por mero amor hasta el último largo sollozo.»

Este Meredith, para remedio de definidores, le hizo decir a su Alvan, en «Los comediantes trágicos» que la metáfora no debe parecerse al tratado sobre la Naturaleza del metafísico, «una antorcha para ver la salida del sol». Que así suelen ser las definiciones y así suelen ser los aforismos. Excepto para los tontos de repetición, que nunca ven el sol, ni aun salido.

La más sublime filosofía de los tontos, sean de repetición o sean de iniciación, es la que suelen llamar optimismo o pesimismo, que con ambos a dos motes, del todo convertibles entre sí, se la cree conocer. No sirve, pues, decir que unos tontos son optimistas y otros son pesimistas—cara o cruz—, porque optimismo y pesimismo son las dos sobrehaces de un mismo cristal a través del cual se mira el mundo. Ni lo de «todo es según el color... etc.», de nuestro Campoamor, otro aforizante en rima, y a las veces en ripo. La salud para el sano no es la misma que para el enfermo, pues para éste es una paradoja, y para aquél, un lugar común. O a la inversa, que no estoy muy seguro de ello. Ni de ello ni de nada, ni de que no estoy seguro. Como no lo está nadie de que la tierra se mueve y nos arrastra consigo. Pero estoy seguro de que a los idiotas—véase arriba la definición o aforismo del idiota—les parecerá todo esto un colmo.

Miguel de UNAMUNO

